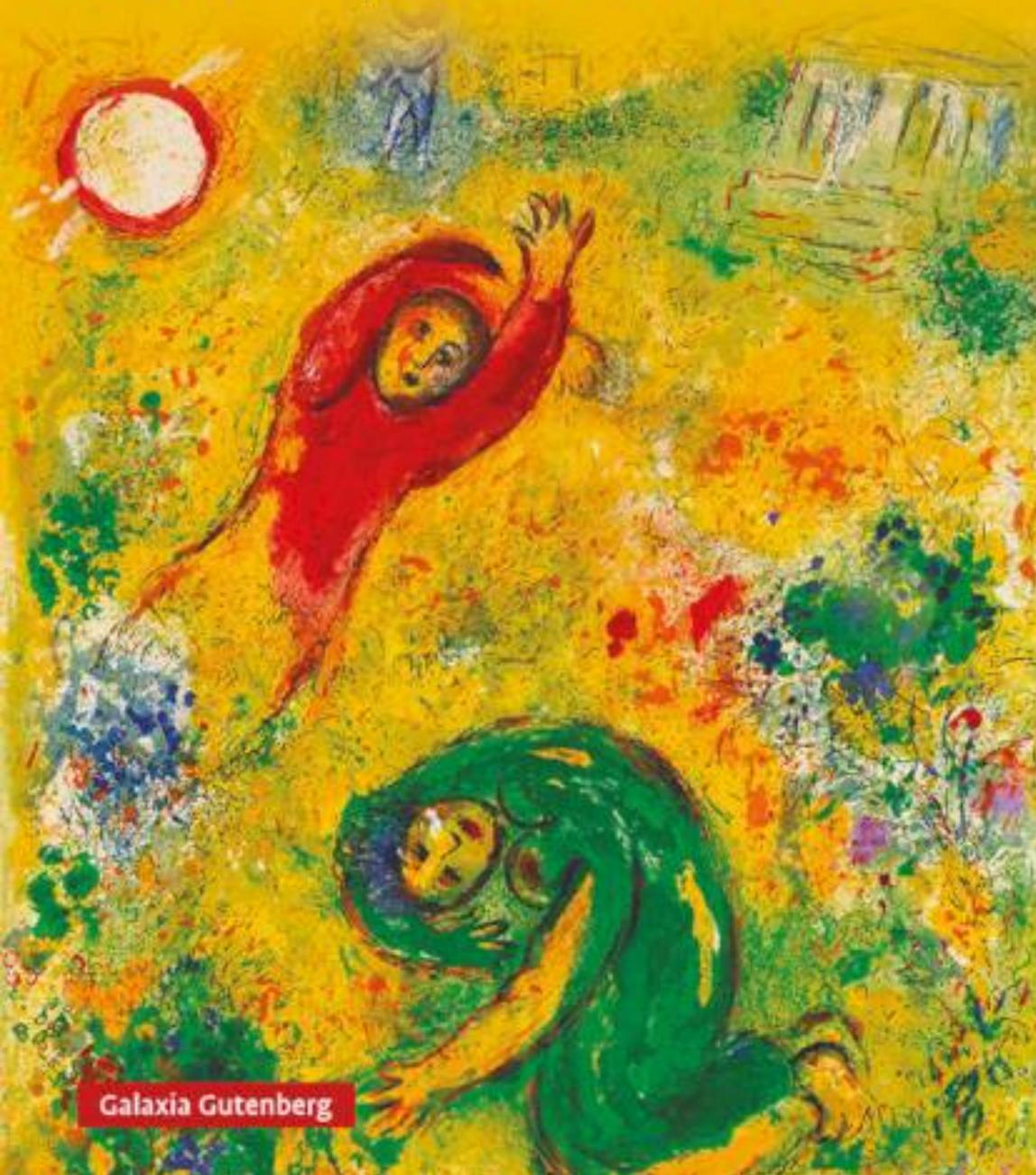


Marta Marín-Dòmine

Huir fue lo más bello que tuvimos



Galaxia Gutenberg

© Elena Infante

Marta Marín-Dòmine originaria de Barcelona, ha vivido durante dos décadas en Toronto, Canadá, donde ha ejercido de profesora de Literatura Testimonial Peninsular y Europea y de Estudios de la Memoria en la Laurier University y ha dirigido el Centre for Memory and Testimony Studies.

En el 2004 publicó el ensayo *Traduir el desig. Psicoanàlisi i llenguatge*, que fue traducido en 2015 al portugués de Brasil bajo el título *Traduzir o desejo: psicanalise et linguagem*.

Se ha dedicado especialmente a la investigación sobre la representación testimonial. Fruto de este interés han resultado numerosos artículos y la creación de dos documentales: *The Vengeance of the Apple. Argentineans in Toronto* (2010) y *Mémoire Juive du Quartier Marolles-Midi, 1930-1942* (2012) patrocinado por la Fundación Auschwitz de Bruselas.

En 2017 se inauguró en Barcelona su instalación artística *Je vous offre les oiseaux/Us ofereixo els ocells*, en homenaje a las víctimas de los campos de concentración nazis. *Fugir era el més bell que teníem* (Club Editor, 2019), ha recibido la mención especial del Premi Llibreter, el Premio de Literatura Joaquim Amat-Piniella 2019, el Premi Ciutat de Barcelona 2019 y el Premi Serra d'Or 2020.

La huida y el exilio marcaron el siglo xx y siguen siendo dos de las experiencias fundamentales de nuestro tiempo. Son millones los seres humanos que se ven obligados a abandonar el país donde nacieron para buscar otra vida en otro lugar.

Pero esa experiencia, dolorosa y traumática en muchos casos, puede generar también el espacio de un renacer. Marta Marín-Dòmine, a partir de la figura de su padre, niño-soldado en los últimos meses de la guerra civil española, y de su exilio obligado por la derrota, reflexiona sobre el desarraigo y el no ser de ninguna parte; sobre de qué manera nos modelan los pasados violentos, no solo a quienes los viven sino también a quienes los heredan; y hasta qué punto la memoria familiar y colectiva nos conforma.

Es este un libro sabio y conmovedor. Un homenaje al padre y a tantas vidas nómadas a las que la autora sigue a la vez que a la suya propia hasta alcanzar una verdad desconcertante: que es en los recuerdos de los otros –en aquello que llamamos memoria– donde en verdad residimos.

MARTA MARÍN-DÒMINE

Huir fue lo más bello
que tuvimos

Galaxia Gutenberg



La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Institut Ramon Llull

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: septiembre de 2020

© Club Editor 1959 S.L.U. y Marta Marín-Dòmine, 2019

Esta edición c/o SalmaiaLit, Agencia Literaria

© de la traducción y revisión: Marta Marín-Dòmine y Josep Maria Panés Calpe, 2020

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Imagen de portada:

«*Les fleurs saccagées*» (detalle), *Daphnis et Chloé*,
Marc Chagall, 1961 (M. 342)

© VEGAP, Barcelona, 2020 - Chagall ®

Fotografía: © Album / akg-images / François Guénet

Conversión a formato digital: Maria Garcia

ISBN : 978-84-18218-69-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

- [1. Errar](#)
- [2. Ab-erraciones](#)
- [3. El arraigo como venganza](#)
- [4. La herencia es una ilusión óptica](#)
- [5. Huir](#)
- [6. «Querida esposa, embala los muebles»](#)
- [7. Alejarse](#)
- [8. Olor de extranjero](#)
- [9. Espigar](#)
- [10. Los niños de la guerra](#)
- [11. ¿De qué guerra estoy huyendo?](#)
- [12. Extranjeros en este mundo](#)
- [13. Camino del Pallars Sobirà](#)
- [14. El gusto del archivo](#)
- [15. Padres vencidos](#)
- [16. Una nostalgia seca](#)
- [17. ¿Qué ha sido de vuestra memoria?](#)
- [18. «Nosotros creíamos en todo esto»](#)
- [19. No todos los cuerpos caen a la misma velocidad](#)
- [20. La palabra murmurada](#)
- [21. Sobrevolar](#)
- [22. Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

El cronista que narra los acontecimientos sin hacer distinción entre los grandes y los pequeños tiene presente una gran certeza: que nada de lo que ha acaecido en el pasado tiene que considerarse perdido para la Historia.

WALTER BENJAMIN

Tesis sobre la filosofía de la Historia

La memoria supone un acto de reconocimiento, una separación.

PIERRE BERGOUNIOUX

Carnet de notes

En los vacíos de un archivo es donde podemos encontrar pistas que nos conduzcan a una historia que todavía está por narrar.

ARLETTE FARGE

Le goût de l'archive

1

Errar

Errar, desviarse de un camino, ir de un lugar a otro sin rumbo.

Errante, errático, erróneo.

Del latín, *errare*, atribuido a quien toma caminos inciertos, a quien vagabundea. A todo aquel que se desplaza sin determinación previa. Una roca errática, un dolor errático.

Quien erra suele producir un cierto malestar en los otros, la gran mayoría sedentaria que pretende haber encontrado casa y destino. Por eso será considerado una persona con cierta inclinación a equivocarse, y de ahí que el errar se haya asociado al error.

Contrariamente a los que se creen arraigados, quien camina sin rumbo –el *erreor* – no teme los equívocos ni los errores. Abierto a los cambios, decantado por elección al movimiento, cuando llega a los lugares no los posee, sino que los habita. Y cuando ya tiene suficiente, por cansancio o con la intención de ahorrarse el deseo a ratos irreprimitible de la posesión (es alérgico a la expresión «*mi casa*»), los abandona, con la ligereza de espíritu de quien no conoce la nostalgia. Es infiel al lugar donde nació, él, el vagabundo, el azogue, el inquieto, el insatisfecho de los paisajes, el que cruza fronteras y aeropuertos, estaciones, camas y casas y amantes.

Los ociosos, los perezosos, también los mundanos, los parias, los perseguidos, los soñadores, los despistados, casi todos los locos, dependen de las brújulas más que de los calendarios. Y es que el espacio se contrapone al tiempo

medido palmo a palmo, contado, distribuido. Quien erra recuerda los paisajes, quien echa raíces recuerda los años.

Puede pasar, y pasa, que en el paisaje del errante haga irrupción una fecha, violenta, antropófila. Cuando el tiempo acuchilla el paisaje –y por herida no hay que entender los surcos labrados, ni los cambios morfológicos de los caminos, ni los rastros de animales o minerales antiguos, ni los accidentes geológicos de cuevas y barrancos, ni las sucesivas etapas con las que las ciudades ven derribarse el pasado para dejar paso al infinito efímero– de manera que se torna superficie esgrafiada, es decir, cuando la violencia perpetrada a los seres, humanos y animales, deja marca en el paisaje, entonces es cuando irrumpe una fecha que se volverá, primero, recuerdo, y después, memoria. El tiempo, así, es una letra que las generaciones posteriores tendrán que aprender a interpretar antes de que sea tragada por el olvido; así es como el tiempo se disuelve en el espacio.

Los recuerdos del errante se amoldan según los sentidos: «Aquí vio tal cosa», «allí olió tal otra», «más allá probó aquella otra». Los errantes dan forma a los recuerdos según los accidentes del espacio; no saben de monumentos ni de placas. Los recuerdos de un errante emergen por capas tectónicas, las unas impregnadas de las otras, fusionadas, devoradas. Imbricadas. Para el errante, los recuerdos no se producen en superficies planas donde se suceden las inscripciones, las fechas, las gestas. Falto como está de posesiones, para él los recuerdos tienen el aire como pantalla: solo hay que levantar la mirada, o mirar los recuerdos de reojo cuando hacen daño.

El errante sabe que quien erra, obligado o por deseo de dejar atrás patria y amores, está abocado a una vida sin inscripción, como si acarreará un cuerpo ingrátido, a veces invisible. Como todos, quien erra a veces olvida, pero el errante, en cambio, siempre es olvidado. El olvido es el precio de su libertad. Solo es recordado quien erra como castigo –y, como Caín, lleva por ello el estigma en la frente.

El errante busca el reposo como el agua pasando por guijarros, brechas y canales. Cada pasaje, una Terra Nova. El cuerpo a veces pesado, a veces ingrávido, el cuerpo habitado sin pautas.

Quien erra, pues, desafía una ley física, la que hace que todos los cuerpos caigan a la misma velocidad. El cuerpo del errante siempre se encuentra a medio caminar, a medio caer: en el camino del olvido total.

Contrariamente al exilio, la errancia es un movimiento perpetuo. Quien se exilia muy a menudo busca casa, en cambio quien persiste en la errancia habita espacios abiertos: arranca los obstáculos de la misma manera en que la excavadora derriba edificios. Exiliado, hay un día en que se puede dejar de serlo; errante se es a perpetuidad.



Cementerio de Montmartre.

2

Ab-erraciones

El exilio, la errancia, ¿son transmisibles de una generación a otra? ¿Qué huella dejan en los cuerpos de los que los han vivido? ¿Qué marcas en los que hemos venido después?

¿Qué rastro dejan en los niños las miradas y los murmullos que intercambian los adultos en su intento de comunicación furtiva, cuando quieren decir aquello que no se puede decir públicamente? Hablar en un idioma, dicen, que los niños no entienden.

Ya de muy pequeña noté que, a pesar de tu constante buen humor, tu infatigable optimismo y tu espíritu inquieto, probablemente renovados con mi nacimiento –la curiosidad virgen de un niño se contagia a los adultos–, en el lugar en que te tendrían que haber brotado alas de arcángel te nacía un manojo de ramas. De mayor, aprendí a identificar ese ramaje como una incomodidad que cargabas sobre tu espalda, un signo de tu malestar a la hora de hacer frente a un aquí que te había segado las alas. El dolor, probablemente incluso la angustia, de tener que vivir en un lugar, Barcelona, de donde habrías querido huir para cruzar la frontera en dirección al norte y errar, vagar.

El tiempo, sin embargo, giraba bajo el dedo del dictador, como el mundo en la película de Chaplin. Te sentías exiliado sin haberte marchado. Me lo dirás un día, cuando yo ya seré mayor y estaré lejos de la ciudad que siempre te sofocó, «me han robado Barcelona», me dirás. Errabas en los sueños porque en los sueños somos libres, decías tú, impregnado de filosofías existencialistas y orientales que te

sostenían. Decías también que en los sueños volabas. Yo heredé ese sueño y de pequeña también volaba. Explicándonos los sueños nos dimos cuenta de que éramos maestros en el arte de virar, planear y sobrevolar ciudades que, al contrario de Barcelona, se dejaban querer. Puedo decir, pues, que los sueños se heredan.

Habías aprendido a elevarte por encima del espacio que habitabas reteniendo el amor que sentías por dos tierras: la de El Gos, un pueblecito minúsculo cerca de Artesa de Segre, donde ibas a pasar los veranos viniendo de Francia –sobrevolándolo con Google llego a contar 13 casas y la Viquipèdia registra 31 habitantes–, y el pueblo de Sant Llorenç de Morunys, donde fuiste destinado a hacer aquellos interminables tres años de servicio militar impuesto por el franquismo, con el regimiento de alta montaña. Allí estableciste contacto con el maquis, y con la colaboración de otros soldados rebeldes como tú, facilitasteis el camino a los guerrilleros que atravesaban las montañas, arriesgándoos a una condena por traición.

Después sobrevolabas Béziers, la ciudad de tu infancia. *Ta ville à toi*. Tu ciudad. Tan ciudad era a tus ojos de niño que cuando regresasteis a Barcelona en las postrimerías de 1935, sus barrios te parecían pobres, de costumbres pequeñas para un *garçon biterrois* de doce años. Pronto, sin embargo, aprendiste a amarla, a amar el barrio del Clot, a frecuentar el Ateneu Martinenc, las asociaciones anarquistas a las que iba tu padre. Casi inmediatamente vendrá la guerra, la revolución, así lo decían en tu casa, y después el alistamiento voluntario en la aviación de Sabadell, y en febrero de 1939 la dolorosa marcha del exilio junto con miles de otros que cruzasteis a pie Figueras, La Jonquera, el Voló, y que acabasteis en los campos de internamiento –Argelès, Saint-Cyprien, nunca pronunciasteis estos nombres a la catalana, como se hace ahora cuando se evoca este acontecimiento, una manera muy contemporánea de borrar la voz de los testigos.

Nunca conseguiste recordar cuántos meses pasaste en Saint-Cyprien. Recuerdas, sí, que miembros del SERE te preguntaron si querías, tú, un muchachito de quince años, ir a la URSS o a México. Fatigado, desconcertado, hambriento y añorado como debías estar, el niño aventurero que eras pidió volver a Barcelona con el padre y la hermana. Te habría gustado, sin duda, quedarte en Francia; sabías que de Saint-Cyprien a Béziers había, como máximo, dos días de camino. Pero eras demasiado joven y estabas demasiado solo. En el momento de tomar la decisión de volver, aún no sabías que serías tú quien se haría cargo de la familia, ya que tu padre, que se había implicado con los anarquistas, no se atrevía a salir a buscar trabajo. Aquella Barcelona de barrio, provinciana y amable, solidaria, a veces estúpida y cruel, pero de la cual tú siempre rescatabas la cara luchadora y obrera, se había convertido, el año 1939, en un territorio empantanado donde había que rehacer las ilusiones y donde, bajo los brazos alzados de los fascistas, se veían sombras que caminaban de soslayo, como perros asustados, pegados a la pared. El espacio por siempre más, herido.

Yo nací allí, cuando probablemente volvía a haber formas y espacios abiertos, diez años después de la desaparición de las cartillas de racionamiento. Y recibí de vosotros, como tantos niños nacidos a finales de los cincuenta, los ademanes de brujo que conjuraban la desnutrición y el raquitismo, las enfermedades de la guerra y la posguerra. Nos queríais gordos y ufanos. «Raquítico» ha formado parte del vocabulario de mi primera infancia, asociado al universo terrible que se abría cuando pronunciabas la palabra «hambre», ambas ligadas a vuestra experiencia de la guerra. Intento situarme en aquella ciudad impregnada de rencores y de miedo, paradójicamente agradecida a una paz impuesta.

Nunca quisiste visitar el Ayuntamiento de Barcelona, ni el Palau de la Generalitat. Ni en tiempos de democracia, en

que se instituyeron jornadas de puertas abiertas y días de rosas. Imposible. No podías borrar de aquellas paredes el recuerdo del franquismo. Aquellas visitas institucionalizadas siempre te parecieron un poco bobaliconas, un gesto oficial hipócrita, o en todo caso forzado –no sentiste nunca que ninguna institución te representara.

Tu generación recordó siempre el humillante «habla en cristiano» que proscribía el catalán, y los pequeños abusos de poder de unos funcionarios que se paseaban por la ciudad con la actitud de perdonavidas de una película de tercera. Una Barcelona contra la que lucha Andrea, la protagonista de *Nada*, de Carmen Laforet, que parece esforzarse por ver una ciudad luminosa y llena de vida allá donde la realidad es de una gran opresión, política y moral.

En Barcelona siempre erraste, tú y tantos otros que, contrariamente a Andrea, no teníais los recursos de una burguesía colaboradora con el franquismo. Para ellos, la ciudad empezaba en la Bonanova y acababa en la calle Aribau, unos metros antes de la Universidad. Tú pertenecías a las barriadas, eras de los que «bajabais a Barcelona», a pasear, a armar jarana o a trabajar. De joven, para no perderte en una ciudad que sentías en manos de franquistas y de sacerdotes (¿qué había sido, te preguntabas, del mundo de los obreros, el bullicio de los barrios, los ateneos, los teatros populares, aquel espacio vuestro y solo vuestro?), trazaste una línea que establecía un trayecto más o menos fijo, como una rutina que te permitía sentir de manera pautada un bocado de libertad –me gustaría haber hurgado más en tu memoria, haberte escuchado con más detenimiento para poder transmitir ahora lo que sentías entonces, en aquellos tus dieciséis años, veinte años, veinticinco años vividos bajo una dictadura, después de haber luchado por la utopía. ¿Cómo os lo hicisteis para volver a reír, para hacer el amor, para pensar en tener hijos? ¿Qué forma y qué color tenía para vosotros la palabra «futuro»? Nunca me atreví a preguntarte qué sentiste el día en que te diste cuenta de

que vuestra juventud y parte de vuestra madurez se os habían escapado bajo una dictadura. Tu derrota, de la guerra, durante la dictadura, me dolía, me ha dolido siempre, y es tan solo ahora que hago intentos por encararla. ¿Cómo es que todavía siento rabia? Sé que nunca haré las paces con este país. Llevo demasiados años mirándolo de soslayo, yo también, como un perro asustado que camina pegado a la pared.

Hice unos primeros pasos para acercarme a lo que intuía que habías perdido a través de una breve y precocísima militancia política, todavía bajo el franquismo. Me dominaba un sentimiento de venganza puro, como el de Juana de Arco, a la que a tu manera admirabas. Sabías que militaba, pero no hablábamos de ello. Como si fuéramos dos buenos camaradas en misión clandestina. Durante la dura represión de los últimos meses del franquismo, me ayudaste a quemar las octavillas que encontramos en el buzón de casa y que dedujimos que alguien había puesto ahí para incriminarme.

En tu mapa urbano de juventud, sé que no faltaron ni las risas, ni la fiesta, ni los amores y las pasiones. La vida empuja. Eras bien plantado, tenías amigos –los liderabas–, rompías corazones. El cine te apasionaba, y también leer y cuidar tu cuerpo. Siempre te habían gustado los presocráticos y las filosofías naturistas, una afición que supongo heredada de tu familia anarquista. La playa de la Marbella, la de Badalona, a pesar de ser sucias, te prometían dos cosas: sentirte con el cuerpo fuerte y el alma ligera. Y mirar hacia el horizonte. Nadar de espaldas a la ciudad: una tentativa de errancia. Más tarde te aficionaste a los baños de San Sebastián, con aquella piscina espléndida y un trampolín gigante. Me llevabas de pequeña, vamos a los baños, decías algún sábado de verano. Yo admiraba tu estilo pausado de crol y tú me decías que yo tenía una braza espléndida.

De joven, salías muy temprano por la mañana, a hacer largas caminatas por el Forat del Vent o la carretera de les